Horacio Quiroga



Lírica Dispersa

textos.info
biblioteca digital abierta

Lírica Dispersa

Horacio Quiroga

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 9154

Título: Lírica Dispersa
Autor: Horacio Quiroga
Etiquetas: Lírica, Poemas, Compilación

Editor: Brian
Fecha de creación: 14 de septiembre de 2026
Fecha de modificación: 17 de octubre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Te Gaudeamus

Primera Versión

Seis garzones febricientes intentaron una noche
galopar sobre un pegaso de modérnica escultura,
y a horcajadas en la elipse de su atlética postura
dibujaban a lo lejos un hamlético fantoche.
Con la brida entre los dientes —roto el nudo de su broche—
y cruzando a la carrera la fantástica espesura,
escalaron el olimpo de verlénica estructura,
galopando febricientes en el dorso de la noche.
Los fakires de la India los miraban con asombro.
En la docta Salpetriere los miraban sobre el hombro.
Y al pisar sobre el estrado del Olimpo, Melpomene,
que conoce los secretos de los signos caballísticos,
les señala la avenida de los triunfos eucarísticos.
Y supieron la doctrina de los labios de Verlaine.

Segunda Versión

Se abren las puertas del Consistorio. Suenan las cuatro de la mañana.

Todos penetran por la ventana como modernos don Juan Tenorio.

Se hace la ofrenda de un bronce dorio. Toca el monago la azul campana.

El cancerbero caza una rana. Y este es un hecho muy laudatorio.

Cesan los ritos del santo oficio. y el pontífice cuelga el cilicio.

Ya está finida la santa misa. Y el flaco, lívido sacristano

quita del hombro del arcediano la roja y suave pluvial camisa.

Noche De Amor

Noche de amor. Bajo la sombra cómplice:

La ingenua tentación. En la arboleda

El motivo de vida va pecando

Como un ensueño de precoz histeria,

Hay quemantes sudores en las pieles:

Sorda germinación en las arterias;

Protestas en las curvas no labradas

Y en tu pupila audaz, francas ofertas.

La idealidad se tiñe de rubores

Como un pálido lirio, de vergüenzas:

En los lechos abiertos y manchados

Se tiende la pasión. La noche arquea

Su gran complicidad sobre la falta;

El lirio de tu sexo se doblega,

Y señala tu carne temblorosa

El índice fatal de mis torpezas.

¡Oh la sed de mis labios, cuyos besos

Recargan la intención que nos rodea!

¡Oh el carmín de tus labios, cuyo orgullo

Palidece al fulgor de tus caderas!

Dame tu cuerpo. Mi perdón de macho

Velará la extinción de tu pureza,

Como un fauno potente y pensativo

Sobre el derrumbe de una estatua griega.

El Sentimiento Del Deber

El sentimiento del deber

es capaz de contener por

tres horas

el mar de demencia que lo está

ahogando.

Culpar A Otros

Culpar a los otros

es patrimonio específico

de los corazones inferiores.

La Siesta, Como Un Niño Repleto

La siesta, como un niño repleto,

dormitaba en la mística glorieta,

y una dulzura de vejez discreta

venía como un niño desde el seto.

La nervosina mano de un esteta

grabó en la piedra, con tesón completo

un paladín heroico; y en el peto

puso una llaga, como flor inquieta.

Tus ojos me miraban entreabiertos.

Y en tus ojos miraba yo los muertos

paladines heroicos por tus manos.

Mi mirada angustiosa te buscaba,

y detrás tuyo el paladín miraba

tristemente a mis ojos, como a hermanos.

La Barca

(Combate por la vida)

La aurora lucia tranquila en Oriente,

la luz inundaba los montes y valles,

las flores abrían los pétalos leves

y a Dios saludaban trinando las aves.

Solté mi barquilla, y al centro del río

de un golpe de remo lancéla contento;

¡marino errabundo, pensaba aquel día

hallar el ansiado magnífico puerto!

Un blanco fantasma se sentó en la caña

y el rumbo dirige, mirándome fijo,

y yo, desde el banco, le veía temblando

de horror y de angustia, de miedo y de frío.

Al fin me resuelvo. ¿Quién eres?, preguntó.

Con voz cavernosa responde el espectro:
"Yo soy el eterno patrón de las barcas
que al río se lanzan en busca de puerto".

Seguimos bajando la rauda corriente,
yo a entrambas orillas mirando con ansia,
que en una y en otra, del sol a los rayos,
castillos, jardines y bosques se alzaban.

Ya frente al primero, la barca se vía,
bizarros galanes y lindas doncellas,
asidos del brazo, diciéndose amores,
cruzaban el bosque, jardín y pradera.

Algunos en gruta de mirto y jazmines
buscaban la sombra y el grato misterio,
trayendo a la barca del aire las ondas,
ahogados suspiros, rumores de besos.

Volvíme al fantasma, que frío, inmutable,
miraba impasible tan dulces escenas,
y al fin le pregunto con voz anhelosa:

"¿Arrojo aquí el ancla?" Respondeme: "Rema".

Bajé la cabeza, y un triste suspiro
salió de mi pecho, pensando en que alegre
pasara mi vida por grutas y valles
con una de aquellas hermosas mujeres.

Y sigo remando y el sol ascendía,
el agua imploraba mi labio sediento
y espléndida plaza veíase cerca
que alegre llenaba frenético un pueblo.

El remo abandono, y en medio la turba
a algunos contemplé ceñidos del lauro,
tañendo sin pena la cítara blanda
y dando a los aires su férvido canto.

Mis ojos despiden torrentes de lumbre,
la sangre a mi rostro de pronto se agolpa
y digo al fantasma con voz en que vibra
la fuerza de un alma que el triunfo ambiciona:

También, como ellos, yo tengo mi canto;
también, como ellos, yo tengo una lira;
un mundo, cual ellos, yo siento en mi alma;
tal vez, como a ellos, coronas me ciñan.

¡Qué hermoso es el triunfo! ¡Qué bella es la gloria!
¡Cuán luce en las sienes la noble diadema
que el Bardo conquista luchando constante!
¿Arrojo aquí el ancla?" Respondeme: "Rema".

Al pecho, agitada, mi alma inclinóse
y amargas y ardientes corrieron mis lágrimas
cual plomo fundido quemando mi pecho,
dejándome inmenso dolor en el alma.

El sol a Occidente, con marcha tranquila
llevaba el tesoro de luz y colores;
la tarde llegaba; mi brazo rendido,
las ondas apenas hería del golpe.

Un último y grande castillo se alza,
aún brilla en el cielo la luz del ocaso

y el rayo postrero bordaba las nubes
con franjas de plata, de fuego y topacio.

Al pie del castillo, soberbios magnates
cobraban tributos de pueblos y villas,
y el oro rodaba, cual corre en las playas
al soplo del viento la arena amarilla.

"Ni amores ni gloria" —pensé con tristeza—;
pues oro tengamos, poder y fortuna,
que el mundo se humilla delante del oro
y el oro es el amo de estúpidas turbas.

"Por fin" —a la blanca fantasma le digo—,
un último puerto, ¿lo ves?, ya nos queda:
entrambas orillas desiertas contemple.
"¿Arrojo aquí el ancla?" Respondeme: "Rema"

Y sigo remando, y el golpe inseguro
movía con lento vaivén la barquilla;
la noche avanzaba; la tierra y el cielo
crepúsculo vago, medroso, envolvía.

Allá, tras la cumbre lejana del monte,
la luna cual globo brillante se alza,
y finge su rayo, jugando en la espuma,
encajes y blondas de azul y de plata.

Se extingue del río la rauda corriente,
perdiéndose en ancho, tranquilo remanso,
y ya a la barquilla faltábale fondo,
a veces la arena la quilla rozando.

De pronto la luna, rasgando las nubes,
alumbra una extraña ciudad en la orilla,
y cruces y verjas, cipreses y sauces
formaban las calles de tumbas sombrías.

Hirsuto el cabello, la faz descompuesta,
le digo al fantasma con voz temerosa:
"Aquí no es posible que el puerto busquemos
al centro del río volvamos la proa.

Mi brazo conserva su fuerza y empuje,

el último aliento gastemos remando,

¡y míreme lejos del cuadro sombrío

que forman las tumbas, cipreses y osarios!

Con triste sonrisa que aterra y fascina,

me toma una mano la horrible fantasma,

y "Aqueste es el puerto" —me dijo—;

llegamos; el remo abandona y arroja tu ancla.

La Cripta De Mis Amores

Tengo en el fondo de mi cerebro

bajo la cripta de mis amores

una capilla donde celebró

la corta misa de mis dolores

¡pobre capilla de mis amores!

Lloro en silencio; con ese llanto

en que tus lágrimas están conmigo

como mis penas en ese encanto

vuelvo al pasado en ese llanto

¡Toda esa dicha que fue contigo!

Y todo muerto, todo pasado

como aquel cielo de amor clemente

como ese cielo que se ha velado

y sólo vive de ese pasado

¡la luz de dicha que hubo en tu frente!

En las más dulces tardes de otoño

surgen las rosas de tu sonrisa

y las violetas de tu alto moño
como esa dulce tarde de otoño
mi alma contigo se diviniza.
Graves, morían en tus pupilas
nuestras fatigas. En la callada
sombra morían las tardes lilas
y a la caricia de tus pupilas
mi amor de nuevo se desvelaba.
Y cuando en torno de ese miraje
que de ti tiene su último encanto
emprendo el diario y oscuro viaje
y mi alma vuelve de ese miraje,
pura de haberte querido tanto.
Dejó en la cripta de mis amores triste
santuario que será tu olvido
todo el recuerdo de lo que ha sido
la corta historia de mis dolores
¡pobre capilla de mis amores!

L. L.

A la forma inmortal. Las ondas curvas

Del cerebro comprimen un abismo.

Hay estrofas revueltas en su fondo

Y un monstruo: la palabra, que es el ritmo.

Lucha sin paz ni gloria ni caída

Cuyo estigma se graba en el delirio.

El pensamiento arrastra como túnica

Todos los cienos de su origen; lirios

Manchados por las heces de un perfume

Que han desflorado los pasados siglos,

Y cuyas hojas de gastada esencia

El cansancio salpica de fastidios.

Tras la pura intención, el vil pecado;

Tras las ansias de luz, el atavismo;

Y el origen sin forma de la célula

Salta audaz a la forma del camino.

¿Y el amor? Secreciones bondadosas.

En el fondo de histéricos idilios

Hay una gota amarga de fosfato

Que acusa la impureza de los filtros.

La misma vibración graba en los nervios,

La altivez de un incesto o de un martirio;

La misma crispación pone en las celdas

El germen de una infamia o de un castigo.

La novedad robando viejas túnicas

Infarta la ilusión de un nuevo ritmo,

Y anuncia la infección de viles células

Que emponzoña el endémico atavismo.

La palabra gotea por sus letras

El color impotente de su símbolo—

—Aurora sin canción y sin Oriente,

Madrugada, sin sangre, de los tísicos.

De Amor

Yo no sé si llorar cuando siento

Que mi niña por otro me olvida.

Yo no sé lo que es peor: si el tormento

De perder poco a poco el aliento

O quemar con el hierro la herida!

Mi dolor es acerbo, y no lloro.

Si Me quejo, el orgullo no muere.

¿Despreciarla?... ¡Si tanto la adoro!

¿Siempre amarla?... ¡Si ya no me quiere!...

* * * * * * *

Miro la estatua. Plantas neuróticas

Casi sin hojas —casi sin flores—

Mientras escribo con letras góticas

La corta historia de mis amores

—Casi sin vida— casi sin flores.

Miro las plantas. Y en el santuario

De mis recuerdos y de mi fe,

Son clomatelas el incensario,

Los lirios de agua, devocionario,

Mi virgen —novia, la rosa té.

¡Amarillentas flores cloróticas

Como mi novia la rosa té!

Delhi

Bajo el imperio de una noche délhica,

Como una estrofa de cadencia extraña

Late en mi sangre y en mis sienes vibra

Una caricia de intención profana.

Mi corazón se exalta en las promesas

De esa delicia, de un harem robada,

Y circandan mi frente los deseos

Como aureola de vergüenzas pálidas.

La tarba de mis sueños delicaentes

—Eunucos le princesa codiciada—

Velan en el misterio de mis fiebres

La gestación pretexta de mis ansias.

Por incienso le ofrecen mis memorias

El pecador recuerdo de mi amada;

Y por lecho le tienden mis amores

El serrallo inviolado de mi alma.

Nubile Post (Quaquam)?

Al Genio de Juan Barreira.

Lentamente florecen las penas insípidas

en la página exhausta de mi idiosincrasia,

lentamente florecen las penas insípidas.

Tras el último sueño de la Aristocracia

nieva el eterno fastidio sobre las frentes,

tras el último sueño de la Aristocracia.

“Como el cerebro incoloro de los dementes”,

ha licuado el espíritu su dura-mater,

“como el cerebro incoloro de los dementes”.

Neblinan las ilusiones del viejo cráter,

os estaños aguados del frío horizonte

neblinan las ilusiones del viejo cráter.

De la retorcida mueca de Anacreonte,

un cansancio sin fin se adivina en los gestos

de la retorcida mueca de Anacreonte.

Enardeciendo la tibiezas de los incestos

se gastan paso tras paso los adulterios,

enardeciendo la tibieza de los incestos.

El inconstante más trágico—de los misterios,

en las alcobas más líricas—se encoge de hombros

el inconstante más trágico de los misterios.

* * * * * * *

Como el gran ojo lívido de los Asombros

que fijan sobre el Espanto las Pesadillas,

como el gran ojo lívido de los Asombros.

La curva más delirante de las rodillas

se arrastra por el asfalto de los terrores

la curva más delirante de las rodillas.

Tras la eclosión amarilla de los Horrores,

las bocas desencajadas tuerce la Angustia,

tras la eclosión amarilla de los Horrores.

* * * * * * *

Y asoma el Cansancio su gran cara mustia

sobre la insistencia de los grandes terrores.

Álbum De La Señorita…

Tarde de los jardines tranquilos y otoñales.

Cocó bajo el encanto de sus blancos cendales,

pasea su tristeza sobre la arena inerte.

Cocó es hermosa y joven, y ha pensado en la muerte

por no sé qué motivos de amoroso reproche,

Cocó lleva en sus ojos la aurora de una noche;

su palidez es tanta que causa pena verla,

el iris opalino de una brillante perla

semejan las dos lágrimas que de sus ojos ruedan,

sus suspiros más leves sobre las flores quedan,

y en el suave crepúsculo su hermosura encanta

como el contacto fresco de una clara garganta.

Mas la luz de sus ojos es para su belleza

lo que un dulce recuerdo para una gran tristeza

son ojos en que viven largas melancolías

como hondo desconsuelo por los mejores días.

Su voz es dulce y grave; y cuando habla parece

que la luz melancólica de las estrellas crece.
Las hojas desprendidas crujen bajo su paso
con el sutil murmullo de una falda de raso.
Cocó cuya elegancia deslumbra en los salones—
(y en esto está el peligro de algunos corazones)—
vaga sobre la arena del jardín silencioso,
y el viento que ha crecido se hace más armonioso.
Suspira lentamente y su grácil figura
deja tras de su paso un soplo de ventura.
De pronto llegan graves como una voz de hermano
de la distante sala los acordes de un piano.
Es un vals de otro tiempo, música ya olvidada,
mas que despierta un mundo de ensueños, de la nada.
La dicha que ha pasado o aquella que se espera,
la que vivió o se aguarda como una luz primera,
renace o cobra vida con la voz de un piano
que da siempre un encanto próximo o ya lejano.
Cocó detiene el paso, cual si su hermosa vida
de aquellas viejas notas se hallase suspendida.
Sus ojos que han llorado muestran un poco ahora
el contenido afecto de una joven señora.
Inmóvil más que el cielo, bella más que las flores,

diríase una estatua toda llena de amores.
Más la música aquella cambió ya de motivo
y ahora semeja el piano un llanto convulsivo.
Es una serenata, a cuyo dulce encanto
las penas muy transidas se convierten en llanto.
Y la melancolía de ese jardín desierto,
la música que tiembla como amor inexperto
traen a su memoria las penas más fugaces
o aquellas, sobre todo, por siempre ineficaces...
Vuelve Cocó en silencio; y su ensueño difuso
de amores contrariados y de dolor confuso
suben también con ella por el ya gris sendero:
ensueños que tenía la niña, por Febrero...
Y he aquí que de pronto Cocó queda en suspenso
mientras sus senos suben en un suspiro intenso,
pues oye: y esa voz difícilmente oída
como si la llamaran suavemente de lejos,
ha despertado en su alma sacudimientos viejos,
se eleva, ¡ay! más que el piano; y es una voz querida...

Dezir

A La Manera De Johan De Duenyas

Quiero que sepas, señora

los martirios

que me invaden en la hora

de delirios

cuando se gime y se llora.

Si me niegas tus favores

tan ansiados,

verás crecer mis dolores

y en mis brazos desmayados

no habrá amores.

En la noche de mis males

la congoja

todas mis flores deshoja,

y hoja a hoja

van cayéndose desleales.

En el nido de tu boca

dulce poma,
suave aroma
de redoma
se desprende de tu boca.
Entre tus brazos de nieve
estaría
la vida entera. En un día
toda la vida que es breve
pasaría.
Si mi pasión te querella
reina bella,
desfaceré tus enojos
dando rienda a tus antojos
de pudorosa doncella.
Haré de mi pecho escudo
de defensa.
Y al que piensa
de ti mal, combate rudo
libraré al vengar la ofensa.
Llegue mi acento a tu oído
y anhelante,
aguardaré el dulce instante

en que me llames amante

a compartir de tu nido.

Layes

A La Manera De Santa Fé

En que la Corte de Amor

decide de una querella.

Cuestión

Hurtar el cuello al tirano

del amor

Leonor no supo, y en vano

quedó cautiva sin que

el señor

la requebrara en buen pie.

Suspiró todo el verano

en el alféizar, señor

Y tanta su pena fue

que dió en locura de amor.

Demanda

Alta reina,

corte sabia,

en aquesta

lid de amor,

Nos querella

demandamos

desta pena

que a una dama

buena y bella

se infirió.

Fallo

Es el amor un fermoso

gran tirano,

que se lleva de la mano

toda víctima que faz.

El que sus pasos esquiva

de sus redes,

queda preso; e bien veredes

que es orgulloso de más.

Non otra cosa pasó

con la dama que miró

a aquel galán de que hablades,

e como mal se cuidó,

e que mal se percató,

la su cuita es bien callades.

E por ende, Nos fallamos
que non agravio infirió
el galán,
e que la dama doviera
más recatada de estar,
para que en otra ocasión
non atacada estuviera
de la locura de amor.

A La Manera De Valtierra

La protesta debe ser dulce
Tiendo a tus plantas, señora,
mi corazón por despojo.
Ya está despierta la aurora
y espero a su ambiente rojo
—dulce vejez seductora!—
la senectud de tu enojo.
Tal vez hallaré en la justa
muerte adusta.
Llevaré al acerbo rayo
del dolor,
de mis lides el valor,
de tus ojos el desmayo.
Tengo pálido el semblante
y anhelante.
Y es tanto mi desvarío
y mi menguado sentir,

que a morir —noble— de frío
quiero —cobarde— morir
en vuestros brazos, bien mío.
Y si es verdad que inclementes
fueran mis layes otrora,
haya compasión, señora,
de amor para los dementes.
Si pecado fue el deseo
mi crimen fue muy consciente,
que ante vos, a indiferente,
de amor prefiero ser reo.
Hubo un feliz tiempo en que
dulce era toda demora...
Yo no recuerdo por qué:
os acordáis vos, señora?
Lacias las plumas de casco,
tiembla cobarde el valor.
Por vuestra culpa el honor
ved, señora, de un Velasco.
Quitara por vos mi nombre,
aunque asombre.
Si de la ley del valor

borrasen mis embelesos,

dijera lleno de ardor:

Ante todo está el honor;

Y ante que el honor, sus besos.

La Última Súplica

I

Vengan la lira y la novia.

Hayan versos y armonías!

Festejemos la clausura

de la noche de mi días.

La vida llega a su término.

Hay que despedir la vida.

Hay que gozar y gocemos.

Acércate, mi querida!

Quiero olvidar mis pesares

antes que venga la muerte.

Acércate, vida mía,

y haz que en el último día

no halle tan negra la muerte.

Cuéntame cómo empezaron

nuestros vírgenes amores,

que el recuerdo de mis dichas

lo han borrado mis dolores.

* * * * * * *

No me escuchas, te resistes...

Dime por qué, vida mía.

No me niegues tus miradas,

que hoy es el último día.

Te vas! Por qué me abandonas?

Ya por morirme me muero.

Ten piedad, que te lo pido

en el instante postrero.

II

Bebiendo a sorbos veneno

así hablaba un trovador

a la mujer inconstante

que hasta en el último instante

le despreciaba su amor.

Llegó el momento postrero

y gritándole aún te quiero

concluyó con su dolor.

El Buque Se Hundió En La Sombra…

El buque se hundió en la sombra

como un gran final de drama

y en los cielos el dios Brahma

con un rayo abrió la sombra.

El marino no se asombra

desde cubierta mirando

cómo se va investigando

el viento serio en el agua

que a manera de paraguas

se arremolina en un bando.

Una Tarde En Que Moisés Apacentaba sus Cabras…

Una tarde en que Moisés apacentaba sus cabras

vió grande llama de fuego sobre una zarza encendida.

Se acercó, y en el silencio de aquella región perdida

oyó una voz que le hablaba, y eran de Dios las palabras.

—Moisés, Moisés, cobra aliento que ya la hora es llegada.

Mi pueblo mira a lo lejos de la arena inalterable.

Dormirá en sosiego el hombre cuya hacienda es deseada,

y el señor será contigo en una nieta inefable.

Tu espíritu será fuerte como una cuerda de lino;

dormirás sobre la tierra, distante de las mujeres,

y haciendo un omiso caso de todos los pareceres,

repartirás con justicia el pan así como el vino.

Ve a tus hermanos y diles que el señor es quien te envía;

y a Faraón, que mi pueblo desea salir de Egipto.

Haz acopio de vestidos que ya la estación es fría,

no te fijes en quien deseares ser inscripto.

El fuego ardía en la zarza como una ciudad antigua
y la voz seguía hablando con un acento sincero.
Lejos sonaban los gritos de un bronceado camellero
que entreveía el disgusto por una jornada exigua.
Y Moisés a quien le hablaba: —Señor, mi torpeza es cierta.
Soy tartamudo de lengua, y aún me callo muchas veces.
Jetró retarda mi paga por cada parida muerta,
y si es un chivo el que muere, me descuenta cuatro meses.
En verdad, mi hermano es hábil y sus vestidos decentes.
Yo he visto sus manos viejas en infantiles quehaceres,
y sé que en una ocasión, mostrando todos los dientes,
engañó tranquilamente a no pocos mercaderes.
Su instrucción, aunque no grande, le basta para ser justo.
Los sacerdotes le escuchan como a un hermano apacible
que ha vivido en la montaña; y mira de un modo adusto
a las griegas deshonestas en una forma sensible.
El crepúsculo caía sobre el desierto tranquilo.
Los pastores se aprestaban para un moderado viaje,
y por el cielo pasaba el negro y tardo plumaje
de los pájaros que duermen en las orillas del Nilo.
Y Moisés vió que en las vacas la leche hinchaba las ubres
y sintió de su alma huraña borrarse la antipatía,

y vió aclararse a lo lejos los pantanos insalubres,
Y Moisés notó de pronto que ya la zarza no ardía.
Como el pueblo de Israel hubiera creído en todo,
la alegría fue espontánea sobre las tierras salinas.
Los pequeñuelos contentos hicieron vasos con lodo,
y las mujeres pidieron alhajas a sus vecinas.
Aarón puso en la tierra la serpiente del camino
que aún conserva el paraíso fijo en sus pupilas claras;
y hubieron muchas serpientes de un aspecto campesino,
mas la vara de Aarón devoró a las otras varas.
Hubo en seguida una peste en el río en que bebían.
Todos los peces murieron y el agua se puso roja.
Y las mujeres que iban con el cántaro volvían
a su hogar atribulado, llenas de grave congoja.
Largos vientos orientales soplaron desde la costa
del Mar Rojo, que es de Arabia feliz y pétrea la llave;
al cabo de dicho tiempo trajo el viento la langosta
sobre la tierra de Egipto, siendo en gran manera grave.

Carta De Arcediano

Inapreciables señores:

Salud ante todo y luego

deséoles con mi fuego

conocido, muchas flores.

Esto de flores lo pongo

porque hace falta, y también

porque explica más que cien

explicaciones. Un hongo

capaz soy yo de añadir

si ustedes así desean

para que así ustedes vean

que todo pueden pedir.

Agradezco a don Horacio

el buen mazo de papel

que ayer me mandó, y en él

este papel en que espacio

mis ideas he arrancado.

Conque así, prueba que es bueno,
aunque creí que era obsceno
por su corte recortado.
También recibí un billete
en romance castellano
muy legible y a la mano,
noticioso y hermosete.
Y aunque allí me dice que
leyeron cosas hermosas,
no me dice cuáles cosas
leyeron, lo olvidó usted
Mi salida de la Unión
para esa ciudad tranquila
(que las dos Caribdis y Scilla
parecen, con su perdón)
ocurrirá no sé cuándo,
tal vez hoy, tal vez mañana
y aseguro que con gana
irá Cráneo e irá Ferrando.

Bajo Un Copón De Azulejos…

Bajo un copón de azulejos

brillan dos escarabajos,

como grises espantajos

de un infierno con espejos.

A sus inciertos reflejos

vense microbios correr.

Lo cual mira una mujer

con cabellos desatados

como gusanos quemados

en la lucha del placer.

Era Una Mancha De Tinta…

Era una mancha de tinta en una página blanca

prolongada largamente como vena al descubierto.

Alguien vió que parecía un flaco cajón de muerto

donde se ahogaba una idea negra ahora y antes blanca.

A Dacosta…

A Dacosta, digno hijo

del señor padre Dacosta

desde la lejana costa

del Consistorio prolijo

le dedico este acertijo

para que recuerde fuerte

hasta el momento de muerte

nuestra memoria famosa.

La mujer que es digna esposa

puede ser mujer inerte?

A Jaureche, digno hijo

de la mujer de Jaureche—

no lo pondré en escabeche

mas le haré otro acertijo:

el ojo que mira fijo.

A Cirano…

A Cirano, el de la mano
percatada y silenciosa
al nacido de una diosa
que lo parió en un pantano;
al que es tan buen hermano
en nuestra congregación,
este acertijo dedico:
el que tiene un infantico
digno es de estimación
o sólo de extremaunción?
A Aquilino Delagoa
feroz buitre de la América
cóncava y cadavérica
hijo espúreo de una boa
fecundada por cocoa,
le pregunto con fruición:
el argonauta Colón

fue argonauta verdadero,

¿o dió con el agujero

por casualidad, Colón?

Tu Pecado…

Tu pecado me atormenta

porque cuando no te veo

se me hace que te poseo

en una embestida lenta.

Mi cuerpo te busca a tientas.

En Un Arun-al…

En un Arun-al Raschid

había un califa de yeso

que yendo al Peloponeso

se convirtió en un ají.

Y un hermoso colibrí

que este caso contemplaba

enamorando a una aljaba,

le dijo muy suavemente:

—Ese rey está demente

como la reina de Saba.

Si tu quisieras gustar

la caricia de mi pico,

con el suave abanico

de mis alas de volar,

ya juntándonos allí

con el agua porque sí

puede que ese rey loco

nos regale con un coco

y una almohada de Alí.

Señorita: Si El Amor…

Señorita: Si el amor

no lo comprendes aún,

explicarlo pronto en un

billete haré en tu favor.

Dicen que nunca a sentir

se llega una inteligencia

entre una y otra conciencia

como entonces; y es de oír

a los que una vez sintieron

tanta pasión en un día

el recuerdo de alegría

que sus pechos conmovieron.

Las palabras poco son

para explicar cosas fuertes.

Es como parlar de muertes

y no tener la intención.

Solo contigo y a tu lado

hablaré correctamente.

De lejos mi turbia mente

siente un influjo malvado.

¡Venga Tu Carne!

Basta ya de cariños y sonrisas,

que concluya la vida de ilusión, hable la carne, y su lenguaje ardiente

nos abrace a los dos!

Vengan tus senos a golpear mi boca,

vengan tus labios a saciar mi sed,

y delirando entre tus brazos mórbidos,

que nos mate el placer!

Que la noche y la tarde, la mañana

nos vean confundidos a los dos, que mi cuerpo y tu cuerpo sean uno,

jadeando de pasión!...

Basta sí, de ternuras, de ilusiones,

que termine tu estúpido temor,

venga tu carne y al calor que irradia

quemémonos los dos!

Los Diez Mandamientos De Nuestra Ley

1º Amar el yo sobre todas las cosas

2º Gustar el placer donde quiera que lo encontremos.

3º Satisfacer todos los deseos que pudieran ocurrírsenos.

4º No creer en el pecado.

5º Fornicar eternamente, así en el pensamiento como en la obra.

6º Procurarse dinero por cualquier medio.

7º Desterrar para siempre jamás prejuicios inútiles.

8º No adular en vano.

9º Cambiar de ideas, si esto puede parecer conveniente o agradable.

10º Mantener el secreto.

Mar salobre sobre el cobre:

la movible onda inquieta

como aleve, leve nieve

rueda, se quiebra, se espesa.

Cruza el viento, lento, lento

con aromas de la estepa;

Cruza el viento, frágil, fácil,

por la soledad desierta
Por el aire con donaire
juegan, vuelan, aletean
los amores de colores
de alas, de plumas, de antenas.
Tras la riente y transparente
onda blonda que se inquieta
el fondo hondo del agua
muestra el coral y las perlas.
Hay una tranquila fila
de madréporas enhiestas
que son la guardia vanguardia
de las riberas esbeltas.
Cruza el viento, lento, lento
con aromas de la estepa
sobre el cobre mar salobre
que la onda blonda inquieta.

Recuerdos

¡Qué encanto el de aquellas tardes de verano, el de nuestros paseos por los alegres alrededores, en la orilla del arroyo, en el cerro, en la vía férrea, sintiendo los aromas de las florecillas campestres, bocanadas de aire frescas y furtivas, muchachas rollizas y jóvenes, la vida toda de nuestra juventud hermosa! ¡Qué encanto el de nuestras pláticas literarias, el de nuestras inspiraciones repentinas, el de nuestros gritos resonando en la soledad de la tarde que caía, el de nuestras declamaciones frente a aquella pared de la avenida, escuchando el eco dulce y apagado de la poesía a Cervantes o las tristisimas quejas del indio Tabaré. ¡Qué encanto el de los crepúsculos tranquilos, los pompones de cúmulus rosados, la armonía de la luz al extinguirse, dejando en nuestras almas rastros de nostalgias adorables, ternuras melancólicas, prolongándose en el silencio de la noche que empezaba, cuando las hojas y las ramas murmuraban en la sombra, se aspiraban las fragancias que flotaban el aire, y morían las notas de los pájaros. ¡Qué encanto el de nuestras estaciones en el Fénix, sentados en una de las mesitas colocadas en la acera, mientras contemplábamos jóvenes hermosas y sonrosadas de turgencia ideal, jóvenes que eran rubias y delicadas… ¡que eran buenas! ¡Qué encanto el de nuestros amores que florecieron en las noches estivales, aquellas noches que escucharon frases ardientes y suspiros entrecortados, aquellas noches en cuyo misterio nuestras almas palpitaron con vibraciones idénticas, con vibraciones de músicas divinas, que resonaban silenciosamente en el santuario interno! ¡Qué encanto el de nuestros asientos en un banco de la plaza, reunidos alegremente los cuatro inseparables, bajo la sombra de los viejos paraísos tutelares, mientras se cruzaban ardientes miradas y rápidas sonrisas con la joven aquella de la esquina! ¡Qué encanto el de las dulces contemplaciones de la amada, subiendo la pendiente áspera del cerro, o mirando, desde el muelle, al rumor de la corriente del río, una elevada cumbre donde surgía de repente el vestido negro de una visión blanquísima!

Sombras

¡Qué triste es el pesimismo! Yo me enternezco cuando oigo a mi amigo hablar de su porvenir, de la gloria, de las aspiraciones de una alma juvenil y creo que palidezco, porque pienso que también podría ser como él, lleno de fé y alegre, ¡sobretodo alegre! ¡Qué hermoso sería…!. Pero no puedo. La tendencia fatal de nuestro siglo me arrastra sin procurar apartarme de la corriente. Siento una especie de placer en mis sufrimientos, en mis tristezas, y aún desearía padecer más, para encontrar en el fondo de mi escepticismo una realidad que se destaque poderosa, con el tinte del dolor que nos sofoca, del gran dolor eterno. En cambio, mi amigo, optimista de corazón, se envuelve deliciosamente en las ilusiones de su espíritu creyente, y a través de una brillante etapa, de coronas y de lauros, él cree vislumbrar su porvenir lleno de gloria.

Piensa que el mundo es bueno, que el amor es dulce, que la vida es agradable y porción de cosas más que siente con firmeza y trata de hacérmelas ver con persuasiva palabra. A veces contestó que lo creo, que la humanidad me tratará con dulzura, que gozaré en el regazo de un amor sin límites, si lo creo, pero falta el corazón que lo sienta y que lo espere como una aurora delicada en el recinto entristecido de mi pobre alma que no comprende y que... que se muere sin querer luchar.

Estoy leyendo "El Mal del Siglo" y me hace mucho mal. ¡Pobre Guillermo! Aquel espíritu superior cayó doblegado por el peso de su temperamento pesimista que tronchó las aspiraciones y las creencias que en una alma como la suya debían florecer. Y además, ¡hay tantas Loulou en este mundo!. Recuerdo que yo un día tuve las mismas reflexiones que Eynhardt analizando algunas mujeres que había conocido. ¡Qué frívolas eran! ¡Qué mundanalidad la suya que sacrificaban un amor sencillo y delicado a un aplauso por su gorgorea voz, por su elegancia en el vestir!. Y he penetrado muchos corazones y todos me han desilusionado. Mi duda es grande y acerba como la de Guillermo; ¿Ama en mí la ternura que le prodigo, mi semblante, mi propia esencia, o a los hombres en general, al conjunto que me subleva?

He adorado a una mujer rubia que era hermosa. Cuando recordaba sus miradas, la alegría que le producía mi persona, su mano ardiente y temblorosa que se recostaba en mi brazo, creo que me quería fuera de la generalidad; pero el orgullo que se apoderaba de ella cuando era agasajada; sus risas y sus entusiasmos en el baile; su ligereza en las conversaciones que me hacían temblar, su desenfado en la despedida, ¡ay! me hacen levantar los ojos con desesperación, como si allá, en el inmenso zafiro, columbrara la fugaz silueta de un amor que no llega nunca y que sin embargo lo siento palpitar dentro mi pecho, y se escapa y se extiende y se prolonga hasta el infinito.

¡Es Natural!

Esther no me ha conocido. He pasado a su lado, temblando de emoción. Cuatro meses que no la veía, y me ha olvidado. Ya no se acuerda de mí, ella que me hizo conocer algo hermoso, yo que la quise tanto, que llegué a dudar de su existencia, ¡oh virgen de oro!

Y no me ha conocido —Allá cuando estaba muy lejos, soñé que me adoraba, pensé que pudiera no verla jamás, pensé que me despreciaba, que sus ojos mentían; pero en medio de mis luchas y cavilaciones, nunca, nunca creí que Esther no me conociera!

¿Qué puedo esperar, cuando mi dulce Esther, como la llamaba en mis momentos de ternura, ha perdido la memoria y le soy indiferente? ¡Pobre principio!

Y ha sido de noche, a la semi-luz. Se conoce a una persona cualquiera, al amigo o al que pasa sin saludar. Se conoce al ausente que hace mucho tiempo que no se vé; pero a mi no se me conoce, envuelto en el recuerdo de una primavera; a mi que cada paso de doy, es un chispazo de sus ojos puros.

El amigo sabe cuánto la quiero. El sabe si he soñado con ella, y si en cada sueño no encontraba un estremecimiento nervioso, cuna de mil sentimientos atesorados que vendría a desparramar a sus plantas! El sabe si he sufrido, pensando en su mundanalidad caprichosa, causa de mi amargura; y el bien sabe que la creí muerta, triste profecía moral que no ha de tardar en realizarse!

¡Oh ensueños y esperanzas! Cada día que pase, latirá con más fuerza aquella idea que tuve y que conozco es cierta: Yo no estoy enamorado de Esther, sino de su recuerdo.

Quince días de placer, cuatro meses de luchas, otros tantos relámpagos y enseguida el rayo.

Su indiferencia es mortal y me doblego.

De "Algo"

Vamos a ver: El pesimismo, esa terrible afección del sentimiento, ¿puede dominarnos, sin antes haber sentido los efectos del desengaño, del exceso, del hastío?

No lo parece a simple vista; y sin embargo, es verdad. Tengo un amigo muy joven aún, casi un niño. Un niño, y es pesimista.

¿Ha sufrido mucho?. Creo que no, en el sentido general de la palabra. Su delicadeza extrema, su sentimiento riquísimo ha sufrido con una gota que no quema, con un dolor apenas. Lee desde pequeño; y aún no tenía doce años y lloraba sobre "Los miserables", aquella última estrofa del libro, el crepúsculo de Valjean. Creo que ha nacido en una mañana de otoño y su escuela fueron los llantos de su madre y los besos de dolor al hijo póstumo Es enfermo, nervioso, hasta la neurastenia; no ríe con frecuencia.

¿Comprenderéis que a los 17 años, el amigo mío crea más en el dolor que en el placer, que dude de la ciencia, del amor?

¿Comprenderéis que se crea inútil, sin porvenir, sólo y perdido en un mundo que recién comienza a conocer y ya le espanta?

Tal vez le conozcáis. Tal vez os habéis dicho; ¡Qué muchacho feliz! ¡Nada le falta!. Y es verdad; suelen verle en sociedad y hasta a veces pasearse satisfecho y sonriendo por cualquier bobería; es verdad. Busca lo que le falta, la alegría.

Es joven y quiere vivir contento.

Decadencia

Entre los recuerdos que han encontrado un abrigo en el santuario luminoso de mis momentos más dulces; entre aquellos que mi alma, recogida en sí misma, ha cobijado en su seno, como madre cariñosa que reúne sus hijos para vivir de su ternura; entre los que han llorado conmigo, pobres compañeros de mis horas más lentas y fatigosas, vive la memoria de una mujer.

Triste y cansado, sin fuerzas para sostenerlos, el cerebro ha dejado escapar otros pensamientos más verdaderos, pero menos hondos, quizás. Los nervios no reflejan el mundo exterior: sus vibraciones se agotan en el vacío, perdiéndose en el silencio que mi espíritu encierra. Así descansan mis recuerdos, sin fuerzas para agitarse. Sólo uno revolotea estremecido, como si quisiera ser evocado por la palabra; pero ha perdido su forma, mezclándose con ideas y concepciones que he soñado, no pudiendo decir que dulzura corresponden a uno, y cual a otro. Mi inteligencia es incapaz de despejarlas; y, esa continua ansiedad; en ese sacudimiento prolongado que revuelve tantas sombras dormidas, se concentra mi vida entera, como si el cerebro, colmado, hubiera perdido su facultad creadora, replegándose en sí mismo.

Rojo Y Negro

En el último rincón del pueblo, recodeada por la sombra del tamarindo; en las noches más frías del otoño, entreabre sus hojas agrisadas, la flor del último ensueño.

La tapias del cementerio, en su descarnada vestidura, han mordido el polen amarillento, y el último beso, rígido, impenetrable, surge sobre su tumba.

Caen los cielos, y por su extensa cabellera rubia, las cuerdas de mi lira han prendido en su cintura una nota silbante y fina, como el espasmo del delirio.

En el albor de mis primeras caricias, su busto palpitante se esconde entre mis brazos. Una lágrima que ha caído en el hueco de mis hombros, se ha asimilado con mi sangre.

La sombra de sus pestañas se extiende como un círculo negruzco. Las gardenias de sus sienes y las violetas de su frente beben mis suspiros y ruedan hasta su pecho: ¡en él han florecido!

Abrazada a su cintura, corre la carcajada histérica, enseñando su vientre de fauces abiertas, su vientre que no se llena. Tiembla la carcajada histérica y la virgen rasga su blanca veste, sus temblorosos miembros, presa de furor extraño.

Iluminaste un día mi corazón, ¡oh virgen de mis ensueños!. Tus palabras despertaron en mi pecho un himno de notas fugitivas; pero se apagaron sus acordes y te perdí. Como las golondrinas huiste, púdica esperanza. En tus alas quedó prendida la última caricia de mis besos— Soñaba siempre con tu ternura. Siempre a tus plantas soñé vivir. Siempre en mi pecho te acariciaba ¡siempre te amaba… más te perdí!

"Spirto gentil dei sogni miei"

Salta la bofetada, y hasta el último límite del poder humano, llega el grito del orgullo herido.

La vergüenza se esconde en un puñal y hiere.

¿Qué es la ley humana? —Un premio al poder del más fuerte.

¡Cuánto material inútil en la creación del hombre!

Las azucenas arrobadas besan la siempre-viva —Una mariposa negra que, durante el crepúsculo, ha revoloteado sobre las dos cabezas unidas, bebe la amargura de tu belleza, surgida de dos flores, en el silencio de la noche austral.

Cruza el jardín sombrío, temblando en su palidez amarilla de rosa-té. Su cuerpo, desmesuradamente flaco, proyecta su sombra aguda sobre la arena del camino, y se extiende infinitamente, como los sueños de la noche febril que mueven un mundo de fantasmas y de escombros y giran en revuelto orden, hasta el despertar angustiado.

Las nubes de incienso se elevan en un rincón del jardín, en espirales concentradas, tímidas. La luna es la luna de otoño… Tal la sueño.

Culto Fetichista

En su dormitorio del segundo piso, sombríamente velado por los muros de la edificación contigua. Teresa había levantado la capilla de su culto, oriental arquitectura de sus peregrinaciones por la Quimera. Ia luz del día, encenizada por el constante crepúsculo de aquel horizonte ahumado, daba al silencioso pabellón una muerta claridad de templo abandonado, una misteriosa niebla de culto incomprendido e informe que esfumaba los objetos como on secular tapiz de oraciones en una tenue mancha de contusión y reliquia. Colgaban del techo grotescas e inmóviles en una exhausta impasibilidad de cabeza cortada exóticas mascarillas de Yedo —miradas oblicuas y bigotes caídos— gruesas redomas de vidrio en las que nadaban pececillos rojos como instantáneos deslumbramientos de Rubro; babuchas otomanas diminutas y nostálgicas bosquejando en un contorno de ensueño sobre la anémica pincelada del muro, la curva prolongada de una escultura de Smirma finamente tamizada por una distante vaporización de áloe e incienso.

Entre un aglomerado resplandor de cirios, en el fondo apagado de la capilla, Teresa había erigido el altar a su ídolo. Se destacaba en cera, luminoso è inmóvil, manchando la amarillenta claridad que le inundaba con la dureza de sus líneas angulares; cuadrando sobre el lienzo mural la geométrica sombra de su crónico braquicéfalo; ahogando sobre el ancestral prolongamiento de su maxilar inferior la cortadura de sus labios resecos; desprendiendo —en la fijeza desterrada de sus ojos vacíos— un lento sudor de agonía. una muda congoja de opresión como una madrugada eterna, prolongada entre vapores de piridina. Era el símbolo de su ansia siempre sofocada. viviendo de su culto en la irremediable negación de su destino, consagrando su vida a aquella imposible forma de su ideal: —sus místicas alucinaciones de colegiala, la melancolía de su pubertad enfermiza, el cruel reproche de su carne extenuada en el impasible advenimiento de años estériles, todo lloraba su amargura en aquella mórbida alucinación de su neurosis.

Vivía de él. por él para él, en la religiosa expresión de sus en cantos, sola

y erguía sobre la in eficacia de su años amontonados sin objeto como un Otoño que hubiera florecido en su alma la clarividencia de un Germinal lejanamente obstinado en la torturante espera de un deseo no satisfecho. A él iban sus oraciones: —de rodillas— una negligente matinée de mangas perdidas sobre las que se levantaban sus dos acariciadores brazos de enamorada, sensual y santa en aquella detonante atmósfera de culto pasional misteriosa y hundida tras los copos de incienso que la rodeaban, la envolvían como una pesada respiración las manos anudadas en una suprema conjunción de ternura y sacrificio, el pecho ahogado y suspenso por una absorta restricción de sollozos su silueta mártir ofrecía al consagrado símbolo de su ideal, la pena, la forma la curva de su extraviada adoración. Y cuando el mártir lo subía a su garganta sus labios lívidos entrecortaban en un apresuramiento de confesión lacerante la plegaria de todos los días:

¡Oh! tú el ideal afilado de mi imaginación, yo te invoco en la religiosidad de este silencio mortecino.

¿Dónde estás? ¿Cómo te llamas? ¡Oh! la magia. el conjuro, el exorcismo cabalístico para que, de las zonas lejanas, vinieras a mí ¡oh mi ídolo!

Te amo, porque cada rasgo de tu cara es un símbolo gráfico. Yo le venero.

Las arcadas de tu bóveda orbitaria son el pórtico de un olimpo de fiereza; por encima, tus cejas espesas negras largas, remedan la curva de una caravana zigzagueante en Mecaria peregrinación. ¡Oh la Meca de la voluntad acre y áspera!

Tu nariz aguilena, de pronunciado relieve, con soberbia joroba de dromedario, apta para las grandes ventilaciones respiratorias: madrépora formidable en el mar de tus anhelos revelados. ¡Oh, las crespas sacudidas de Prometeo encadenado!

Tus pómulos son salientes, tus mejillas hundidas: agudización por el insomnio del proceso de calcificación en las apófisis del hueso. ¡Oh, las Noches de Musset y el Mal de Baudelaire!

Tu boca regular se prolonga en comisuras de curva concavidad superior y está aureolada por un blancor de busto romano: impresión de la fatiga en la elipsis de los pliegues. ¡Oh, la lenta nevazón en el sudario del hastío!

Tu mentón aplanado y puntiagudo remata en tu perfil la triangular arquitectura de tu cara, serenamente impasible, como el levantamiento de una iglesia gótica. cuya ojiva dejará proyectar sobre el marmóreo pavimento, la selénica claridad de algún pasaje medieval ¡Oh, la evocación en la serenidad concentrada del silencio!

Tus ojos negros filtran, oblicuamente, hurañas excitaciones de células nerviosas, papiros de recuerdos lacrimosos, penitentes conjuros de felicidades huídas, agonías de paz, titilaciones de duda. ¡Oh, eterno evocader en el eterno hastío, en el eterno insomnio y en la eterna rebelión!. Y por encima de todo esto como una obsesión de posese, la cota de malla de tu voluntad, acre y áspera.

En Prosa

Un recuerdo para tí ¡oh niña purísima!

Un beso a tu recuerdo ¡oh santa criatura! Y a tus ojos y a tus brazos, y a frente y a tu garganta, tan pura y delicada, el más fervoroso de los cantos, ¡oh mi niña queridísima!

Todo se ha ido; las músicas, los besos, las flores y las lágrimas. El alma reprocha dolorosamente al pasado su falta de constancia. Todos se fueron. Sólo tú no me has olvido completamente, ¡oh niña purísima; sólo tú me has querido, ¡oh adorada de mi corazón!

¡Santa memoria! ¡Una caricia a esos recuerdos! ¡Una lágrima a esa ventura perdida!

¡Virgen de mi alma! Ten un poco de cariño a esas muertas alegrías! ¡compasiòn, niña mía, para esas flores que mueren de tristeza en un rincón de la cómoda! Y a mis ramos y a mis versos, a la primera palabra que nos dijimos, a la primera pieza que bailamos, a las fechas más dulces y sentidas, a nuestra separación, un poco de ventura, niña querida! ¡un poco de piedad, niña adorada!

Lloro sobre la trémula letra de tus últimas cartas; lloro sobre la trémula miel de tus últimos besos; lloro sobre las trémulas lágrimas de tus últimos llantos; de tus llantos tan trémulos y sentidos, que, hoy al recordarlos, mi garganta se llena de sollozos.

¡Pena infinita! ¿Dónde están, dónde están las alegrías de aquellos días tan largos y complacientes?...

Y lloro siempre por tí, siempre te recuerdo, alma mía, y mi vida se va extinguiendo sin tus caricias!

Dónde estás, niña mía, que no te encuentro?

Dónde estás, alma de mi alma, para ir a buscarte y vivir juntos, juntos, juntos, para no volver a perderte jamás?...

¡Dulce y buena entre todas las mujeres! Que mi vida sea un martirio continuo, pobre, enfermo y olvidado de todos; que mi vida sea una constante desgracia, sin fuerzas para levantar la voz ni reprochar a nadie; que el sufrimiento vele todas mis ilusiones y que me vea enfermo, solo, desgraciado... ¡pero que al menos te tenga a tí, santa criatura! ¡que no me olvides niña muy amada!...

Post-Amor

Hay una teoría filosófica, cuya tendencia positiva y humana nos muestra en la denominación de cada estado psicológico, el móvil de una idea, de una evolución, de un sentimiento.

En el orden pasional o simplemente afectivo, la conciencia del yo origina el egoísmo, y éste a su vez engendra el interés.

Lo que a los poetas se escapa en una nube de cadencias rimadas en el corazón, los adeptos a aquella doctrina lo han incrustado en una palabra amplia de trascendencia severa.

El desinterés desaparece del diccionario sentimental. Se quiere a un amigo, porque su conversación nos interesa, produciéndonos placer. Se ama a una mujer, porque nos proporciona buenos ratos, y su hermosura provoca en nosotros un satisfactorio bienestar.

Se quiere al que nos quiere, como el pago de un agradecimiento; y le buscamos con frecuencia, porque nuestro espíritu se recrea. Tratamos de verlos a menudo, no por ellos, sino por nosotros que gozamos, por la beatitud que nos proporcionan. De esa manera los afectos se gradúan en los nervios, según que éstos se exciten acre o voluptuosamente. Nuestro espíritu es una lira extendida hacia los corazones, y calificamos los sonidos, según la habilidad o la torpeza del que pulsa sus cuerdas.

En una palabra: el cariño como agradecimiento, la amistad como permuta de satisfacciones, el amor como generosidad. Una gradación de denominaciones poéticas que se tasan y se clasifican según el goce personal.

A los muertos que han vivido con nosotros una larga época de contrariedades y caricias, que acaso han sido compañeros en las revueltas y epopeyas de nuestras almas, les dedicamos una compasión infinita, toda hecha de recuerdos. ¡Pobre de ellos! exclamamos dolorosamente. Y en la

estancia mortuoria, la voz se repite muchas veces: ¡pobre de él!...

Pero el alma, nuestra íntima esencia, cambia el eco de las palabras, y la individualidad responde en un sollozo que es una rebelión de angustia: ¡ay de mí!

Queja sencilla y divinamente egoísta; protesta inconciente y profunda del goce enlutado.

No lloramos a los muertos; lloramos a nuestros afectos sacudidos y en adelante huérfanos; lloramos por nosotros mismos.

Sentimos la pérdida en nosotros; y mientras les abrazamos con delirio, los labios murmuran despacito un reproche conmovedor, ingenuamente confesado: ¡Por qué me abandonaste!...

Es decir: ¡por qué me has privado de un placer!

Y en tanto que de pié al lado de la caja mortuoria, miramos al vencido de la vida, tal vez pensando en las dianas y en las banderas caídas de su batalla finalizada, un pensamiento revelador y estéril surge a nuestras espaldas, y acercándose a nuestro oído, nos dice lentamente: ¡no sientes por él, sino por ti!...

Veníamos Del Teatro…

Veníamos del teatro, donde habíamos asistido a la representación de un drama cualquiera.

La charla, acentuada por una discusión de amor, tomó un giro reflexivo.

—En todo caso —dijo de pronto uno de nosotros— el mundo degenera. Nos vamos. En los siglos pasados queda el hombre con sus sombras glorias y encantos.

Caemos. Apenas si en la ridícula agitación de los muñones se conoce que hemos volado.

Todo se aclara, marcando a la herencia con un timbre para crear la ley, colocando una etiqueta en el alma para reconocerla en tal o cual hecho.

Iluminación fatal que alborea a la humanidad como un relámpago pone en manifiesto una guillotina.

¿Qué se busca? La verdad Y las almas aparecen al desnudo, fríamente visibles. Los misterios se leen de corrido en la página sicológica que asienta sus arranques como una partida y anota la evolución en el diario con signos, fechas y condiciones.

Y aun precios.

Tal acción que parece espontánea no lo es. En ella han cooperado determinadas circunstancias, sabios preliminares que motivan, amoldan, sacuden y despiertan la idea de un heroísmo.

La obligación de una función fisiológica no es tan precisa como la de esos fenómenos cerebrales.

Los psicólogos entran audazmente en nuestro interior y resuelven,

ordenan y clasifican lo que está en desorden.

Imponen la disciplina al sentimiento, fijan carteles en las conciencias.

Iluminan.

Pero con esta diferencia: en la sombra vivimos; en la luz nos asfixiamos.

La noche crea heroísmos; el día, cálculos.

La noche es asombrosa porque no se ve en ella.

Adelantamos. pero como se adelanta en una sala de disección Conocida la causa, el efecto es insignificante.

En cuanto a mí prefiero el oscuro conjunto de una organización inferior al sabio esqueleto de un antropoforme.

Calló

Quedamos pensativos, desacordados por el desahogo de nuestro amigo.

Hablábamos de amor, y no nos hacían gracia las reflexiones.

¿Qué más da, cuando se ama, que el mundo avance o no, que se conozca lo que hay de racional en una pasión?

Me levantó su artística cabeza que tenía apoyada en la mano

Era el mimoso de nosotros ¿Por qué? No lo sabíamos. Acaso por la extraña mezcla de su temperamento, por el dominio que tiene el absurdo sobre lo preciso. el zig zag sobre la recta, el desacorde sobre la belleza espejada.

Cada uno de nosotros era definido, correcto, rectangular, perfectamente encuadrado en una clasificación. Él abarcaba todas las escuelas, los temperamentos, las diátesis.

Algo más que Heine y no tanto como Poe. En constante rebelión, argumentaba tranquilamente sus desconciertos.

—¡Bah! —¡exclamó.— ¡Todo es cuestión de mira. Los objetos vistos desde arriban aparecen deformados. Coloquémonos en su mismo plano y

cambiarán de aspecto

Ataque sin sentido, acusación de filtro a alambique, de conciencia a lógica

Caemos, es verdad. Pasan las antiguas creencias, como religión incomprendida por el que va a orar Hay algo más que la obcecación de una plegaria en la percepción del au de là, y algo más que la Fe en el cielo del alma.

El alma pide horizontes como una frente, cielo.

Las viejas virtudes se enmohecen lentamente en sus zócalos de pesada arquitectura.

El templo está desierto. Sobre la asombrada faz de la deidad caída se destaca la mascarilla irónica fatal y gesticulante del nuevo culto.

La excitación sustituye al éxtasis; la morfina, al incienso.

La condición destierra la doctrina. El temperamento prima sobre la enseñanza como el toque de fuego sobre el tratamiento.

El cerebro pierde las riendas y obedece sólo al acicate. Y la psiquis marcha a saltos, dominada por el instante, bizarra como un golpe de nervios febril e inconstante e imprimiendo al organismo tendencias momentáneas que las neurosis heredan como una aristocracia luminosa y mártir.

El alma deja traslucir, como una luna desgastada la miseria del fondo. Y en la santa inteligencia la duda ataxia intelectual —desordena el sistema psicológico.

Las gestaciones son extrauterinas

El pinchazo elimina la compresión Sobre el esfuerzo está el golpe; sobre el amperaje, el voltaje

La impresión del momento fecunda el óvulo; y el ser engendrado pone en el motivo de vida la punzante vibración de lo instantáneo.

Hay cianosis entre el corazón y el cerebro. La diástoles repercute en la celdilla y los fosfatos siembran concreciones en el ventrículo.

La extenuación se asienta en el organismo, y el desequilibrio rompe, como una ala todo esfuerzo sostenido.

En cuanto al amor es cosa muerta considerado por el lado romántico.

Ya pasaron las grandes pasiones, los desengaños que duran toda la vida.

Las jóvenes pálidas son anémicas; el olvido es fiel resultado de un empobrecimiento cerebral.

La constancia supone una monomonía burguesa y la dulzura de ciertos sentimientos, dicen los sabios indica un principio de tisis.

Un nervio enfermo cambia el curso de un idilio Una congestión pasajera provoca una declaración de amor.

¡Oh épocas divinas! La niña moría de dolor y el joven tomaba los hábitos.

Entre el salón de baile y el buffet la debilidad predispone singularmente a la ternura. Nada de miradas lánguidas ni de insuflaciones pectorales.

—¡Es usted encantadora!...

—¿Sí? ¡Pues me alegro!

Y de este modo vivimos deliciosamente: el corazón en una mano y en la otra una copa de champagne.

Pero con todo no tenemos el derecho de condenar el amor tal como le sentimos en esta época.

¿Qué importa que las sensaciones sean pasajeras si en cada crisis hay más heroísmo que en un largo sentimiento y en cada sacudida más verdad que en una lenta depresión?

¿Qué importa que la risa remede el llanto si el sufrimiento es el mismo si lo que se vive en una hora puede desviar toda una existencia?

Le mirábamos y escuchábamos en silencio, con los ojos secos y la palabra fríamente convencida.

Había en su voz un ligero timbre de amargura cuando levantaba su expresión de correcto combatiente que lucha por un ideal arraigado y

sencillo.

Y en el fondo de toda esa contractura de afectos, de esa irónica e incisiva profesión de fe, contemplaba su pobre ternura de enamorado constantemente hostilizada por las garras de sus nervios avergonzados de feminismo, en los que naufragaba, gota a gota, su delicadeza exquisita de adolescente.

Había un hondo sollozo en su mirada y un martirio convencido en su palabra. En el corazón aleteaba su alma como una ave herida, y a través de su contextura romántica se tendía, como una línea oblicua, la frialdad irónica de su temperamento modernista.

Una gota de llanto simbolizaba su existencia: lágrimas en los ojos y cloruros en las lágrimas.

El Caballito De Palo

Había una vez un caballito de palo —y con él jugaba una niñita que era hija de un rey.

Era tan bueno que seguía por todas partes a la niña, arrastrándose sobre sus patitas.

Un día que la niña lo acariciaba sobre las faldas, recibió muchos juguetes nuevos; y al levantarse para cogerlos, dejó caer al caballito. La niña, llena de alegría, corría con sus juguetes y el pobre caballito, con sus patitas rotas, hacía esfuerzos para levantarse y seguirla.

Pero la niña, llena de contento con sus juguetes nuevos, no jugaba con el pobre caballito.

Al otro día los criados lo enterraron sin lápida alguna, detrás del jardín.

Pero una mano desconocida escribió después sobre el granito:

Ya murió el caballito de palo,

y ya lo olvidaron, así que murió…

Acta

Que seis garçones, limpios e de blasonada extirpe, en consistorio reunidos, acordaron de rei-sucitar Juegos Florales, a usança que fue usada en Provença e Tolosa. E ansí fué determinado que se fiziese. E se fizo.

E dixo Horacio Garín:

—Cuento modernista fize.

E elles dixeron:

—Pues cuento modernista feciste, leé-lo.

E leiólo. E como todos dello foeren gais, que non cuitados, apausos huvo dellas suas manos.

E una voz dixo: Notable. E otra voz dixo: Ibidem. E ansí fasta tres voxes más dixeron.

E notable dixo foé.

Agora foé que Xulio Lexico dixo dezir malicioso, a usança de Johan de Duenyas. E repetido que lo hubo, fabló Alberto de Aix, ça segundo era, e layes dixo a la manera de Santa Ffe.

E dixo por sus labios Fadrique Honorat, canción non, ça romance era, e a modo de Valtierra. Bon romás paladino, como después foé visto.

E aluego parló Garín, e ben parló nuevamente, ça achaque es de Garín ben fablar.

E muy cuitado, que vergüença havía, fabló el postrero, Dalgat de Torres.

Jurat conoscer fizo la su grave decisión que leeredes. E leeredes esto:

Resolvido foé que rosa natural modernista, Garín, por mérito del su romance (ça de él era, e non de otro alguno) de dever havía. E entregada que le foé por el su denodado contrincante que fasta oras últimas batióle: quiérese dezir Fadrique. Luego vino en declarar reyna de aquesta fiesta la fermosura e donaire de Catita Pérez Gomar, sin par donzella desta ciudad de San Felipe e Sant-Yago.

E ansí acaesció, magüer fidalgos fementidos dixeron acaesció otramente.

Leyenda Brahmánica

La Ciega Y Los Cuatro Brahmanes

No en balde el astrólogo había predicho lo que había de suceder:

Había una ciega que bajaba la escalera. Cuatro jóvenes brahmanes que habían bajado de noche y subían de día, llegaban a la puerta de la casa. Todos despidieron al uno que se fue. Y he aquí que mientras los tres jóvenes saludaban desde el balcón al cuarto protegido de Vishnú, la ciega daba con una tijera repetidos golpes sobre sus brazos, su pecho y su cabeza. Fue entonces que uno de los brahmanes dijo: “—Esa ciega me recuerda a la mujer de Zola". Fue entonces también que el cuarto brahmán —haciendo sus preces en la cama— tuvo el presentimiento de que uno de los tres brahmanes se caía del balcón. Pero fue la ciega la víctima expiatoria, según lo había predicho el astrólogo. Y fue de esta manera que, para aplacar la cólera de Vishnú, así sucedió.

Esta leyenda índica está basada en el episodio de la madrugada del 8 al 9, en la cual tres jóvenes brahmanes encontraron a una ciega que bajaba la escalera.

Así lo han relatado —conforme con el rito— la TRIBUNA POPULAR, EL DIA, y demás hojas volantes.

Otra Leyenda

El Hombre, La Nuez Y La Carne

Había una vez una cáscara de nuez que estaba vacía. Pero también había un hombre. Y dijo la nuez: "—No me gustan las nueces con pepita", por lo que el hombre respondió: "—Tú eres necia".

En esto fue que un can perdió la cola.

P. D. Ruégasele aporte estas leyendas el sábado.

En un caballito ni bueno ni malo

que a veces me sirve de cabalgadura,

voy por los caminos en descompostura

llenos de gallinas, de gansos y palo.

Yo escucho en aplausos un transido ralo

que sale despacio desde la espesura,

como si un buen hombre, lleno de blancura,

quisiera ser negro, en un intervalo.

Y mi alma se llena de miedo. Los perros

me siguen, me siguen, me siguen. Las vacas

me ofrecen sus ancas y sus diez cencerros.

Y tras de las ancas de las vacas flacas,

veo que hay un prado plantado de berros

donde hay vacas, perros y berros y vacas.

Leyenda Índica

El Clavo, Antaño Y Los Ojos

Había una vez un clavo redondo que no era zurdo y tenía una calva en el pescuezo. Un día tuvo una tos inglesa, de que murió. Le hicieron un cabrestante-ajedrez y tragó nuez de Bengala que era salobre y pan.

Un día que se acostó se hizo tal agujero en la cola que le nacieron ranas, de que murió. Pero vino Antaño, y el kerosene fue pelo rubio, de suerte que sin ser, aumentó de longitud. Las obleas dijeron: "Muy". En esto vino Palomeque (o por miedo o por sistema). Y sin ser del todo, el aludido fue en sí mismo militares de lápiz.

Y un ojo viró en redondo —otro ojo se cerró— y otro ojo reía como una aceituna-calavera.

Una corbata de negra tinta

en un gran cuello de tela blanca

es una fofa noche de timba

sobre la llama de una jirafa.

Un sobretodo color de cedro

sobre un flaquito cuerpo de viejo

es una tabla de carpintero

hecha de huesos.

—¿Qué haces con tu arado traído del Brasil

triste labrador, de una edad casi senil?

Tú estás triste como si tus bueyes que tienes uncidos

no supieran trabajar o te cornearan a veces,

y lloras y languideces

triste labrador de una edad casi senil.

¿Es que el pañuelo tan grande y tan ancho

como alguna cosa que hubiera en el campo

se te ha perdido, él que era blanco como un campo?

Cuéntame tu historia, inmóvil labrador.

(Y así, mientras hablaba

yo te miraba

unas caravanas que colgaban de sus orejas

más grandes y con más vello que dos ovejas).

Escuetamente, largas longitudes

de troncos afilados.

Sobre ellos, las hojas lanceoladas

y flores en el vértice, como halos

de redondos contornos festoneados.

En el friso paralelas líneas rectas

que cortan las aristas de los cantos.

Zig-zags irregulares contornean

romboides zambos.

Y hay varios y cortos

puntos blancos

que diseminan el suspenso, incierto

flotante, vago, tenue, leve y llanto.

CANTO 1º — Exposición del soneto.

CANTO 2º — Resolución y corolarios.

Principio

El amor es de una pieza.

Sí, verdugo de sí mismo:

comienza por la fijeza

y acaba en el estrabismo.

2º versión

La ventura de un buen padre

(interrupción)

Suena un vago clavicordio de neblina

Trae el viento partituras de siroccos.

Con un dios que ha naufragado en Indo China

viene Roux que descubrió el estreptococo.

Estrambote: Neumococo.

La Musaraña, El Diputado Senador Y El Vacuno Comedor De Uvas

-N/A-

Había Una Vez Un Clavo…

Había una vez un clavo clavado no se ignora dónde— y de él colgaba un pájaro ñandú, que estaba enterrado. El clavo era pantalla, y el avestruz siete veces. Vino un conde a galope de otro conde; y le seguía un parral. El grito fue tan fuerte que hasta le salieron pestañas. Por lo cual era clavo y vestido de barrilete. Un día el clavo se cayó al suelo, y vino un coro de vírgenes con un órgano a la espalda a darle la extremaunción. En las venas tenía castañas y un azoramiento en el bastón. Cuando tragó la hostia le brotaron ornitorrincos en la nariz y lo miraban para atrás. Y le dijeron: "Muerde de veras". En este momento cayó una nieve de chalecos con botones a la espalda, que hablaban como gansos arrimados a un portón.

Y murió de veinte sillas —y lo cocieron con oleos y con espátulas y con vidrios de remate y con bombillas de tala— Y le salió un solo bigote debajo del brazo izquierdo y en una imprenta. Y la imprenta era de Dios. Y cantaban como gallo. Y Dios era el bigote — afeitaba los bigotes.

El Mosquito De Alambre

En las costas de Malabar, bajo una pagoda de cañas huecas, vivía un mosquito terco y no mal parecido.

Era lusitano y lo llevó en punta Vasco da Gama. En Bab-el Mandeb se insurreccionó porque era terco.

Y he aquí que era de alambre.

Cuando desembarcó, quinientos brahmanes y un chatría fueron a recibirle bajo palio.

Por esto es que el mosquito vivía en las costas de Malabar.

Un día se murió.

I

Corre un río blanco como la estearina.

Entre costas negras corre la estricnina.

Y un navío azul

Hecho de abedul,

conduce una carga de verde anilina

para el sultán rojo de gris Estambul.

II

En el hueco zapato de Leda

el cisne de seda

esconde su curva cabeza de idiota;

pero cae del cielo una gota

de tinta violeta

que deja en su cuello fatídica veta.

Y el cisne sacude su virgen plumaje,

manchado por siempre con brutal ultraje.

III

En Crimea —península rusa—,

descubre Sigfrido rara hipotenusa.

Y bebe en su copa trirectangulada

sangre coagulada.

En seguida aparece una fiera

que es verde y pantera.

Y le muestra una uña quebrada

en donde está escrita una misa cantada.

IV

Un cigarro y un diente se juntan

y anuncian al mundo que ha muerto Petronio.

V

La copa de nieve derrite sus formas.

Y el borracho trágico acude solícito

a beber el aroma impalpable

que mata sin penas, ni gusto, ni gloria.

VI

Un cirio muy fino moría de tisis.

En un catafalco de blandones grises

los cirios pascuales morían de risas

ardiendo con fuerza durante diez misas.

Y en mayo vinieron los vientos alisios

sacando las luces de sus blancos quicios.

Y el cura reía destempladamente

con sus dedos gordos puestos sobre el vientre.

VII

Son cabezas inorgánicas los corrientes candeleros.

Y las largas blancas velas son cilíndricos sombreros.

Las llamas son el carácter, el pabilo es el estómago.

Los candelabros son meetings, pero el aire es su sarcófago.

VIII

Un pareado sólo sirve para una comparación;

por eso yo lo comparo a una artística ecuación.

IX

Iban a dar las dos de la mañana

cuando cayó del techo una campana.

El sonido murió de la caída

Y nunca más le oí en mi larga vida.

X

Una estrella se cayó en un arroyo de palo,

Y un pastor la redondeó con su rubicundo falo.

En su testa la colgó y la redondeó de un halo.

Había Una Vez Un Perplejo…

Había una vez un perplejo —con un canal Antonio y un frac de divorcio azucena. Tenía por cara un adviento— ¡está bueno! —y un trampolín casi siempre. Esto aunque el pescado era gotoso y americano de sobra. Fue entonces que el ministro se hizo mayones, pero el destornillador no aparecía. —¡Válgame Dios, cuánta agua colonia!— dijo el crucifijo. Y el espanto se cruzó de brazos. ¡Caricatura! ¡Caricatura! En esto vino otra caricatura con un plato de lenguados. El estrépito y el baile ocasionaron su muerte, de qué murió.

Había una vez un hombre que no gozaba hablando mal de los demás. Por eso siempre estaba serio y era bondadosa su cara, pero con una bondad que no era claramente bondadosa. Ese hombre veía todas las imperfecciones de los demás, pero sobre todo las suyas. Por eso es que no se reía nunca ese hombre reflexivo —y por eso ese hombre que era bueno en general para todos lo era sin embargo, más para sí mismo. De ahí que la bondad de su cara no fuera enteramente clara para los demás.

Las naturalezas privilegiadas se distinguen de las demás en que no tienen accesos de hipocondría.

La fatalidad de los sucesos se mide por el nivel de los emperadores.

El alma de la historia está en el libro de los sucesos personales:

Un carro actual es el resumen completo, porque es el producto de los progresos realizados.

Cuando Euclides había bajado la escalera, recordó que en él era natural que caminara sin pensar, pero que el viejo Alcides estaba sentado y estaba pensando. No dejaba esta idea de la cabeza, le daba vueltas, como si ella fuera un enigma cuya clave había de hallar con paciencia. Y —cosa extraña— sólo la curiosidad por la curiosidad, sin que ningún pensamiento personal se mezclara, era lo que le guiaba en esa investigación. De repente lo halló y antes que pudiera percibir la transición entre la

curiosidad y el conocimiento, brutalmente, sin que el presentimiento —ese humanizador de las cosas malas, le hubiera predispuesto, comprendió que el viejo se suicidaba en ese momento.

Las palmas de una culebra

fueron adorno de espesa

luz que brilló en la dehesa

como el azul de una cebra.

En Una Triste Bohardilla…

En una triste bohardilla

nació una reina de Francia,

y en los muros de Numancia

se murió una gitanilla.

Comprobación muy sencilla

de este axioma baladí:

Invertid la flor de lis

y os dará flor pagana:

y ésta será la gitana

y aquélla la Dubarry.

¡Historia negra y profunda!

En la noche borrascosa

una mujer muy llorosa

que el agua moja e inunda,

por la calle nauseabunda

camina, el cuerpo aterido,

vacila, da un alarido,

cae junto a una casa real,

un señor baja al portal...

¡Y aquel hombre es su marido!

En la casa de un niño

cantaba un gavia

y los dos se miraban

con algazara.

A la tumba de Poe

fue en coche Huysmans

y Baudelaire en el coche

iba de auriga.

Dijo el bardo: —Yo doy mis versos a los hechos.

Dijo el profeta: —Yo abro el camino y cierro el porvenir.

y dijo Matilde: —Yo doy a los hechos un néctar más dulce que los versos, y abro el camino como el profeta y no cierro el porvenir.

Un navegante italiano, al mascar una nuez hueca

vio que giraba la rueca de la mujer de su hermano.

Atajando con la mano el movimiento redondo

pensó en su cerebro hondo con decisiva justicia

que toda mujer novicia es un abismo sin fondo.

Buscó un pájaro altanero abrigo en una montaña

y al efectuar esta hazaña se convirtió en agujero.

Desde entonces un gran cero se vió brillar en sus ojos

en cuyo borde tres piojos le mordían con tres clavos
de modo que hasta los rabos fueron frágiles y flojos.
La hazaña de un hombre loco sólo sirve para él
como un bajel es bajel solo para él y no es poco.
Un París y Barcelona en la persona de un hombre
aunque parecen un hombre son algo más que una lona.
Si alguien me nombre a Pamplona yo me tengo que enojar
porque es como dar al mar alimentos en embudos
cazar en la selva mudos o los gatos maniatar.

Hubo Un Rey De Caldea…

Hubo un rey de Caldea que era tuerto y a la vez cojo de nacimiento. También era hijo de uno que había muerto y que había sido rey hasta que murió. Pero era dudoso que éste fuera rey hasta que muriera, porque aún no se sabía si estaba destinado a morir —¿y quién asegura que alguien morirá antes de que haya muerto? Es lo cierto que él vivía sin haber muerto todavía y también era tuerto y cojo —y un día murió. Y entonces todo el pueblo respiró porque ese hombre era un problema no resuelto hasta ese momento. Y sólo entonces se vió que aquel rey podía morir.

De Cómo El 3 Fue Reductible

Había una vez un Bombay que tenía una fiebre negra. Y vino un brahmín y le dijo: —¡Arre culebra! Y una estrella subía y bajaba.

Fue entonces que un grito partió el cielo en tres pedazos. Y he aquí el destino de los tres pedazos:

El uno se metió en la boca de una cotorra— advirtiéndolo ella. Y lo recibió con los brazos abiertos. Desde entonces la cotorra es verde y lápiz. Y tiene un sinsonte en la nariz. (Y era sagrada y extraordinaria).

El otro arremetió contra un inglés que venía cabalgando sobre la reina Victoria. Y lo dejó pintado de Guatemala, como si le hubieran dado un baño de bosque.

Y el tercer pedazo se paró de punta y dijo: Yo soy un crustáceo pandorga: o para mí o para vos.

Las Nuevas Campanadas Del Consistorio

Y las nuevas campanas del Consistorio congregan a los fieles del nuevo rito en el templete de la calle 25.

Nuestro notable arcediano ha dado las órdenes con su ademán hierático. Todos hemos comprendido que en él está todo lo estrafalario; y al verlo, algo así como la intuición de todo lo que vendrá, raramente pasó por el aire.

Esto fue en vísperas.

Nuestro gran pontífice hizo entonces la misa y el ritual. Con la casulla blanca de nuestro moderno rito, oficiará dentro de un momento. Oídlo en pie. Así lo establecen nuestros cánones, que ordenó eruditamente nuestro sabio arcediano.

Veneradlo.

En las vísperas, llovió la bendición de los cielos. Prepara a la tierra para recibir la nueva cosecha. Tal lo anunció nuestro astrólogo, que vió en Nadir parar el puntito rojo y la cabrita blanca.

Extended las manos en señal de gracias.

Quien no entendiere que lo que es profano es venerable, peca. Quien no penetra en la sombra con alegría, fenece. Quien no se da cuenta de que el gusano es luminoso, yerra. Y quien yerra, peca.

No pecar en vano: he aquí uno de los mandamientos. Que los monagos son haces de luz sobre la capa fluvial del pontífice, es un artículo de fe.

Creedlo todos, cruzad los brazos e inclinad la cabeza.

El sacristán cuidará los archivos, donde están encerradas las tablas de la

ley.

Prestad juramento, envueltos en el manto talar de cuadros rojos y negros— en nombre del que vendrá.

Y yo, el campanero, toco las nuevas campanas del consistorio que congrega a los fieles del nuevo rito, en el templete de la calle 25.

Carta Del Arcediano

Carta Del Compañero Arcediano Al Pontífice

Mi señor don Aquilino:

A causa de una enfermedad del ánimo no iré a visitarlo hoy. Mañana será. Mucho me alegraré de que a esta fecha vuesa merced ya se halle completamente restablecida. Si tiene usted a mano el número anterior de "La Alborada", aquel en que apareció el famoso veredicto, ruego a usted se digne prestármelo. Y si tuviere también en su poder el ejemplar en que luce su muy premiado cuento de usted, haría mi gloria y contento de este día de hoy, remitiéndomelo también, junto con el anterior. Cúmpleme notificar a usted que, aparte del mal de ánimo que hoy me aqueja, si salud es completa y está a su disposición. Sírvase usía hacer llegar hasta el señor Alberto José este ofrecimiento de mi humildad. Notificó a ambos que acabo de leer a tropezones la muy bien ornamentada novela que lleva el presuntuoso apellido de "Raza de Caín". Y aseguro á vuesas mercedes, con las dos manos puestas sobre el corazón, que hame disgustado del todo aqueste hijo de fino intelecto del señor Reyles. Y digo que todo lo que me place de este libro no alcanzaría a llenar 10 páginas, aún menos, ni cinco lados del papel. En cambio, los dibujos parécenme sumamente inspirados y completos, obra perfecta de un artista de cerebro vigoroso.

Saluda a ustedes con amistad poética e invocando el nombre de paz de Verlaine.

Florentino Rosales, ex Futraque Honorat.

10 del último mes del siglo que tuvo el alto honor de vernos nacer.

Carta Del Arcediano, En Montevideo, Al Pontífice, Campanero, y Monago Menor Que Se Fueron Al Salto

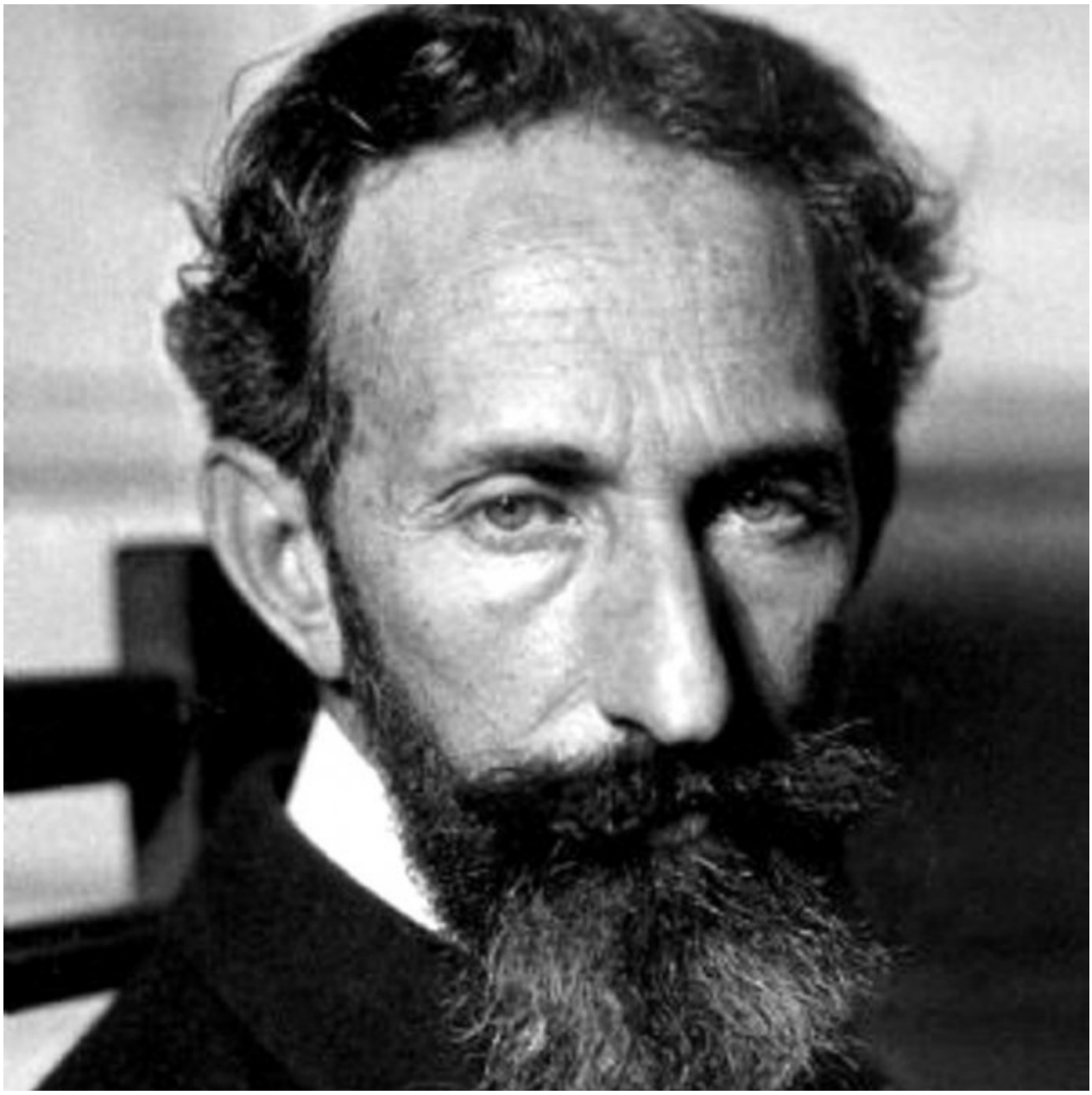
Primera carta del sexto brahmín a los tres hermanos que se fueron a un país caliente y dorado. Empezaba al concluir la tarde del 11 de este primer mes del siglo. Y es en Montevideo, un día claro. Y he aquí que el sexto brahmín se quedó solo, solo y triste. Y he aquí que tomó el pétreo y ordenado camino que conduce a una mansión de sutras. Y en la puerta decía: TELÉGRAFO. Y el brahmín triste, triste y dormido (dormido in mente, por la pena), escribió en una blanca agua helada, que no era agua, sino papel, cinco palabras que de la boca de Amycus, (brahmín lascivo y locuaz) habían salido y aún burdonaban en su oído —que es un oído sensible— sensible y tuberculoso.

Y antes había vuelto al templete del brahmín Amycus a buscar "Frases rítmicas". Y he aquí que el sexto brahmín no halló tal libro. Y nunca más lo hallará. Y quedó desolado, buscando en su inteligencia una disculpa, una evasiva, una razón que oponer al sutra Vigil cuando lo viera. Y he aquí que ha decidido enviar a Buenos Aires por el libro…

Nada he escrito después de la pálida disperçao. Y fuera del artículo de Darío, nada he leído. Ni me alegro ni me entristezco porque ya estoy hecho a estas esterilidades metálicas. Me quedo serio, nada más, y tieso, in mente, como un estoico granadero imperial. Y no me quejo... Y en este instante me he subido hasta las alturas de la amistad brahmánica y artística y desinteresada, y, tal vez, el buen genio del consistorio se compadecerá de mi desierta sequedad y me enviará una buena jaula llena de leyendas, cuentos y dezires. Y este contenido sería un licor que me emborracharía alegremente.

¡Oh noches misteriosas del templete del Gay!

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)